

INGENIERIA DE PLAGA.

Rosendo González Núñez

A Coruña. Verano de 2011

No hay que ser hipocondríaco para saber que estamos rodeados de virus. Nuestras abuelas nos lo han repetido constantemente y existe una especie de ímpetu en nuestra sociedad por intentar librar al aire de esta “carga” para los seres humanos. Todos nos vemos afectados por estos “seres vivos”, continuamente. Los virus son, de hecho, la partícula biológica más abundante del planeta. El número de microorganismos de la atmósfera cambia según la altura ($10\text{-}10^4$ por m^3), obteniéndose el más alto junto al suelo, sobre todo en los dos metros inferiores, que constituyen el microclima del hombre; disminuyendo hacia los 200 metros y siendo mucho más escasos ya a los 5.000 metros hasta la estratosfera donde ya desaparecen. El número de microorganismos del aire en las zonas pobladas depende de la actividad en esa zona, tanto industrial o agrícola, como de los seres vivos y la cantidad de polvo. Igualmente aumenta en las zonas pobladas y en el mar, cerca de las costas. En las zonas desérticas no hay más que lo que aportan los vientos de las zonas habitables próximas y en los casquetes polares no hay. El punto central de nuestra narración se sitúa precisamente en el espacio y el tiempo de máxima presencia de virus y otros microorganismos, aquel en que ciudad, sobrepoblación, altura (cero metros) y humedad coinciden. Pongámosle un nombre, en el caso de este libro será 15M. En otros sitios se ha llamado conjura, luddismo, *taqyya* o incluso democracia, tomando prácticas y formas muy diversas. Utilizaremos estos nombres en nuestra narración pues intentaremos hablar de un modo específico de habitar el espacio que el ser humano -y su cuerpo- ha repetido a lo largo del tiempo y que tiene que ver precisamente con la respiración compartida y la diseminación de nanopartículas de información: la conspiración. Tu respiras. Yo respiro. Nosotros nos contagiamos.

Tradicionalmente se ha asociado los microorganismos con enfermedades y otros límites humanos que delimitan el campo de la propia vida biológica. Como iremos viendo, los virus incluso nos servirían como modelo de una teodicea (teoría acerca del mal) basándonos en su caracterización clásica como negatividad. El virus infecta, se replica y degrada el cuerpo receptor. Los mismos virus están en el límite de la definición de ser vivo. Las bacterias portan el cólera, el ántrax y la tuberculosis. Los parásitos no reportan ninguna ventaja y suponen un gasto extra de energía. Todo ello ha llevado a que nuestros hospitales se preocupen por la hiper-esterilización de sus hábitats para defenderse de las infecciones (Baudrillard, 1991). No ha sido hasta hace unas décadas que se ha

descubierto el papel que estos microorganismos han jugado en la evolución. Esta función “positiva” es doble. Por un lado sus mecanismos adaptativos han tenido una fuerte presencia e influencia en el resto de las especies. La placenta podría así tener un origen vírico. Los virus son seres autónomos con una adaptabilidad tan alta que les permite gozar un puesto privilegiado en nuestro estado actual de las cosas, sea este cual sea. No solo transmiten enfermedades sino que forman parte del (al menos) 8% de nuestro material genético. Sin duda alguna “los seres humanos somos virus”, así lo afirma nuestro ADN. Esta parte del material genético pertenece a lo que tradicionalmente se ha llamado epigenética, un conjunto amplio de estudios que abarcan diversos fenómenos que van más allá del material genético (ADN) propiamente dicho y que influyen en el efecto que este material tiene en nuestra formación. El papel de los microorganismos en la epigenética es fundamental, pues a través de las infecciones y contagios no solo trasladan y transmiten su propio material genético sino que sirven de enlace inter-especies aportando proteínas con información epigenética entre todo tipo de seres vivos, desafiando así la teoría arbórea de la evolución genética -aquella que únicamente apunta a la reproducción sexual, a la genética de poblaciones y a las mutaciones como motor evolutivo capaz de generar modificaciones en el material genético (Deleuze y Guattari, 1996). Esto significa: tu perro transmite una increíble cantidad de información genética cada vez que te da un lametazo, a través de virus y otros microorganismos por supuesto (Haraway, 2006). A escala humana: información (genética) en transmisión continua según el espacio de afección que nuestro propio cuerpo delimita. Una máxima podría decir así: a más capacidad de afección, más virus y por lo tanto más cantidad de comunicación genética. Es, así, en los sitios congestionados, saturados de virus, ahí precisamente, donde se producen los fenómenos más extremos de transporte de información genética (Michel Serres) y emergencia de nuevas características genéticas. Fenómenos, todos ellos, que en filosofía estarían sometidos a dinámicas del *acontecimiento* (post-estructuralismo) y por lo tanto se supondrían “ingobernables”. Aparición de una nueva epidemia o lo que es lo mismo: gran variedad biológica gracias a la acción de los virus.

Ocurre que la cantidad de virus es tal que podría hablarse de una virosfera: un plano continuo de influencia y transmisión de información (genética) permanente entre virus y otros organismos a unas velocidades que podría recorrer la tierra rápidamente. Este plano de circulación vírica trascendería y transversalizaría secciones de otros planos que incluyen las células de nuestro cuerpo o del resto de seres vivos, el aire en que se mueven, etc. Fíjese el lector, hablamos de una globalización vírica 500 millones de años anterior a la humana. Lo cual añade matices interesantes a la teoría de la evolución darwiniana que pierde puntos de historia lineal y los gana de circulación homeostática (Maximo Sandín). Ahora bien, esta globalización no ha tenido ni tiene una distribución uniforme sino que depende fundamentalmente de la hostilidad del espacio (como ya anunciamos anteriormente), los procesos de emergencia y las formas de distribución espacial. Todos

los microorganismos se mueven en un medio aéreo que como ya dijimos comprende la altura de un hombre, entre los cero y dos metros. Ya que la inmensa mayoría de microorganismos no posee movimiento propio se encuentran así sometidos a una teoría eólica como forma de distribución de las poblaciones víricas. Así puede haber unos flujos más intensos que otros o concentraciones accidentales. La meteorología puede resultar una buena ciencia para el entendimiento de estos fenómenos pudiendo utilizarse sus modelos para estudiar estos flujos que desplazan los microorganismos. Desde aquellas dinámicas relacionadas con el movimiento de las nubes, las borrascas, etc. hasta aquellos fenómenos de emergencia o saturación como pueden ser los torbellinos o las tormentas. Todo ello juega un papel fundamental en la dinámica de los microorganismos como seres eólicos sometidos a una serie de flujos.

Ciertas culturas del desierto han desarrollado una ciencia eólica muy desarrollada. En hábitats especialmente hostiles como estos se pueden observar con más facilidad las migraciones de microorganismos a través de las tormentas de arena o nieve y el movimiento del polvo. Ocurre además que los lugares aislados y con alta concentración de microorganismos pueden ser más dados a procesos de emergencia, lo que lleva a la imagen de tormentas de arena arrastrando antiguos y peligrosos microorganismos como pueden ser habituales en relatos monoteístas o nómadas –como el caso de la maldición de Tutankamon. En la antigua Persia (post-paleolítico, 1.000 AC), cuna de las civilizaciones humanas, la ciencia eólica aplicada a plagas cobró una gran importancia. Y lo hará tanto de manera política como religiosa bajo la forma del demonio sumero-asirio de las epidemias: *Pazuzu* (Negarestani, 2008). Aunque Pazuzu fuera considerado el “rey de los demonios del aire”, existía además toda una tradición que relacionaba plagas, teoría eólica y demonios, Así se llamaba *Al Azif* al ruido que generaban los diferentes insectos o tormentas que poblaban el desierto. Esta palabra, *Al Azif*, señalaba tanto estos insectos como a los demonios que no dejaban de amenazar la vida cotidiana resguardada por los muros de la ciudad. El ruido de las plagas es aquí el chillido de los *daemons*. Muchos pueblos y civilizaciones del desierto han aprendido de las plagas diferentes formas de distribución espacial. Cabe destacar por ejemplo el caso del zoroastrismo ario cuyos modelos han llevado al origen de las grandes migraciones (Negarestani, 2008). Pero Pazuzu es la representación de un saber acerca de las dinámicas de los microorganismos extremadamente profundo, incluso superior en muchos aspectos al que, nosotros, humanos modernos occidentales poseemos en apariencia. Todos los demonios tienen sus diagramas. *Las Clavículas de Salomón*, grimorio de demonios monoteísta, es un ejemplo tardío de estos demonogramas. Los demonogramas muestran la distribución abstracta de demonios, sus líneas de incidencia y recorrido, sus planes de movilización (en un sentido cuasi-militar). El Zoroastrismo Ario desarrolló una de las cartografías más complejas sobre demonios en su ímpetu purificador. En la *Vendiana* aparece un catálogo de aproximadamente seis mil demonios dispuestos a asaltar la pureza del pueblo ario. Las

políticas acerca de los demonios de todos estos pueblos (incluidos ciertas ramas como pueden ser las religiones monoteístas) se traducían luego en reglamentos sociales que impedían precisamente su llegada y que producían una serie de principios securitarios, morales e higiénicos. Los arios estaban obsesionados con impedir la llegada de estos demonios por lo que no hacían más que acotarlos y catalogarlos en un esfuerzo infinito por encerrarlos a todos. Nuestros cultos sumero-asiáticos llevaban, en cambio, políticas radicalmente diferentes que pasaremos a relatar más adelante. Dentro de los demonogramas guardan especial interés para nosotros aquellos relacionados con los demonios de epidemias, pues en ellos podemos encontrar ejemplos de diferentes dinámicas y políticas de los microorganismos. Podríamos ver a estos demonios como el pensamiento y movimiento de un virus y por extensión de la virosfera. Un intento de pensarlos sin el ser humano, imaginar sus formaciones sociales y políticas de una forma más acertada de lo que puede hacerlo la ciencia contemporánea y sus límites epistemológicos. Entre todos estos seres, Pazuzu jugará un papel esencial debido especialmente a su complejidad y a su capacidad para la infección de otras culturas (incluido el zoroastrismo ario o el *Corán*). Su fama ha llegado incluso al punto de aparecer en nuestra cultura popular. Como en el caso de *El Exorcista* donde Pazuzu es el demonio que se dedica a parasitar/poseer a los seres humanos. Por lo tanto este ser, esta idea, este demonograma, que es Pazuzu debe facilitarnos la tarea de entender mejor las dinámicas y políticas de los microorganismos. Ese es el argumento.

Este demonio exhibe diferentes anomalías y peculiaridades morfológicas que lo separan de otros demonios acadios, asirios o babilónicos. De acuerdo con la primera estatua de Pazuzu encontrada (Iraq, Bronce, 800-600 A.C.) estas características incluyen: 1. Un cuerpo antropoinsectoide, que refleja -a través de un torso famélico- tanto las extremas condiciones del desierto y la hambruna que las propias plagas soportan en busca de nuevos espacios de predación como su naturaleza de enjambre. Si la figura de Beelzebub (*ba'al zebub*) nos sugiere una legión de moscas y su entusiasmo colectivo en la búsqueda de carne en descomposición o excrementos; el cuerpo de Pazuzu nos muestra una sustancia negra, activa, conformada por el conjunto de las carnes y cuerpos de los cuales se apodera y corrompe. El imperativo de Pazuzu parece decir de esta manera: “¡Rompe tu cuerpo y conviértete en carne! ¡deviene así un enjambre de muchos!”. Lo que no deja a recordar al “somos legión”, ya sea de *Anonymous* o de *Asmodeo*. La multiplicad y no el yo. El enjambre, la manada, lo imperceptible (Deleuze y Guattari, 2006), la materia y no el individuo. La misma filosofía católica, en su lucha contra los demonios, esta llena de relatos que enfrentan el cuerpo con la carne. 2. Genitales con cabeza de serpiente y en estado de descomposición que describen a Pazuzu es una máquina engendradora de pestes. Para los brujos adoradores de Pazuzu ocurrían dos cosas respecto a la negatividad y las epidemias. La primera, que toda la descendencia de este demonio iba a estar desde el primer momento contagiado y por lo tanto iba a ser portadora

de estas epidemias. Por otro, y como consecuencia, que una vez entrado en contacto con Pazuzu -y todos hemos entrado ya en contacto con él- significa estar ya infectado, sin posibilidad de salvación ni de pureza. Esto explica porque el paladín del bien de los mitos maniqueístas queda siempre infectado por el mal que precisamente quería erradicar. Para los seguidores de este demonio, la única teleología posible era, precisamente, la infección completa del mundo. Cualquier intento de resistencia estaba, así, destinado a la futilidad -incluso era contraproducente. En la filosofía de Baudrillard ocurre algo parecido, de hecho (1991). Bajo este punto de vista, la conspiración que idearon los antiguos brujos de los desiertos de Irak e Irán sigue presente en nuestra cultura: Pazuzu no para de trabajar en su proceso de infección del mundo. 3. Curiosamente, este demonio servía como protección contra las epidemias al mismo tiempo que él era el rey de las epidemias. Así, Los brujos sumero-asirios utilizaban a Pazuzu como amuleto contra enfermedades y sus estatuas guardaban las puertas de varias ciudades (Negarestani, 2008) perteneciendo a lo que en arqueología se ha denominado eje del mal-contrael-mal. Un conjunto de demonios que aun reconociendo su carácter nocivo eran utilizados precisamente para dosificar esta nocividad y ajustarla a los límites humanos. En las figuras que nos han llegado de Pazuzu esto se ve representado por una barba de dignatario, propia de los demonios que pertenecían a dicho eje. 4. Dos pares de alas emplumadas que no solo denotan su placer demoniaco por el vuelo, la velocidad y la migración -parte de su naturaleza aérea- sino que también están vinculadas a las dinámicas de precipitación y emergencia en fenómenos como las tormentas de arena. Simbólicamente, este tipo de dinámicas generativas han estado asociados tanto a la esvástica, a la espiral como a los brazos que señalan movimiento circular y aditivo de Pazuzu.

Los torbellinos, huracanes y tormentas llevan un tiempo en el punto de mira de los científicos bajo diversos nombres: “procesos de orden a partir del caos”, “teoría de la singularidad”, “estudios sobre el ruido” o sobre las “turbulencias”, “dinámicas de poblaciones”, etc. No solo los antiguos se inspiraban en la espiral. Estas teorías sin duda nos pueden ayudar a producir modelos de distribución para virus, plagas, Pazuzu o cualquier otra “población” -tomando toda la carga genealógica de este concepto, desde la biología hasta la estadística- jugando un papel fundamental en la teoría aérea ya observado por los antiguos habitantes de oriente medio. Durante mucho tiempo, las turbulencias han sido identificadas con el desorden o el ruido. Hoy en día sabemos que esto no es cierto. De hecho, mientras que estos movimientos resultan irregulares o caóticos a una escala macroscópica, son, al contrario, altamente organizados a una escala microscópica. Las múltiples escalas espacio-temporales involucradas en las turbulencias corresponden a comportamientos coherentes de millones y millones de moléculas. Visto bajo este punto de vista, la transición de flujos laminares a la turbulencia es un proceso de auto-organización (para nuestra escala) espontánea y caótica (Prigogine y Stengers, 1984). Donde antes había un conjunto de flujos

y partículas aparentemente autónomas ahora hay un proceso de cooperación altamente complejo. Estos puntos de transición, se llaman “singularidades” en ciencia de “orden a partir del caos”. En filosofía (post-estructuralista, por ser específico), al contrario, se suele emplear más bien término “acontecimiento”. Por acontecimiento se entienden todos aquellos procesos, que siendo imposibles de preplanificar y cuyos resultados son desconocidos, producen nuevas propiedades en el continuo de la materia. Tenemos acontecimientos y singularidades históricas como es la llegada de Jesucristo para los cristianos o la temporalidad del Mesías de toda la filosofía judía (Walter Benjamin), también tenemos aquello más puramente materiales como puede ser la formación del universo, o el cambio de estados entre la materia. Según la filosofía del acontecimiento la materia, incluso en estado de pre-materia, es proclive a estos procesos de emergencia aunque sea únicamente por la infinita posibilidad generada por una infinitud y continuidad espacio-temporal (Jacques Derrida, Gilles Deleuze). En lenguaje popular: las cosas siempre se van a la mierda (*shit happens*), continuamente se introducen nuevas plagas en el mundo pero es gracias a que la cosa siempre se ha ido al garete que el mundo mismo ha sido creado (Una constante en parte de la historia de la filosofía), pues este “solo” puede tener su origen en uno de estos acontecimientos. La lógica que suelen seguir estos procesos según nuestra ciencia es aquella de la “masa crítica”, siendo sus principales parámetros la velocidad y el número –ambos jugaran un papel importante en diversas teorías de guerra como veremos. Una vez alcanzado ese punto de “singularidad” que origina los torbellinos sucede algo sorprendente, todos estos procesos parecen seguir a partir de ese momento estructuras matemáticas similares. Los procesos a través de los cuales los fotones de un láser se organizan espontáneamente y devienen coherentes (“cooperando” todos para emitir luz a la misma fase) han resultado ser esencialmente similar a aquellos de las moléculas en un líquido “cooperando” para formar vórtices, o en otros casos, estructuras cristalinas. Lo mismo es igualmente aplicable a las poblaciones de plagas como los casos especialmente estudiados de langostas, ratas y microorganismos. Todas ellas siguen las dinámicas de las turbulencias. La mente de la plaga es la mente de la turbulencia y la teoría aérea. Por esta razón estos “mecanismos-independientes”, estas singularidades constructoras han sido conceptualizadas como “máquinas abstractas”: Es decir, “mecanismos matemáticos” capaces de verse encarnadas en diferentes mecanismos físicos (Delanda, 1991).

Todas estas características han sido empleadas tanto por pueblos nómadas como por civilizaciones imperiales en teorías de la comunicación y la guerra especialmente interesantes y refinadas para nuestra investigación. Sírvannos, además, como caso concreto para la aplicación de la ingeniería de plaga. Sería fácil hacer una teoría (aero)materialista de la comunicación y el lenguaje. Si tenemos en cuenta que el aire es el medio a través del cual los humanos han desarrollado el lenguaje es fácil imaginar esta hipótesis. El lenguaje, la comunicación se tiene que

ver forzosamente adherido a la teoría aérea. “Las palabras se las lleva el viento”, como dice aquella frase popular. Las palabras están sometidas a barreras arquitectónicas, a las corrientes y el aire, a barreras sonoras, etc. Toda mutación posterior de la palabra llevará inscrito en su ADN esta naturaleza aérea que figura en su genealogía, incluso en los tiempos de la electricidad. Pero las palabras son algo más o parecerían serlo, pues mutan, evolucionan, tienen usos complejos y llegan a tomar vida propia. Hasta tal punto que la filosofía moderna “ha descubierto” que estamos poseídos -en mayor o menor medida- por las palabras pues estas determinan nuestras visiones del mundo. O de modo psicoanalista literalmente nos poseen (Jacques Lacan y Slavoj Žižek). Es igualmente fácil imaginarse una teoría de los virus aplicada al lenguaje y la comunicación. Damos dos de las posibles razones. Una, por ser los virus el ser vivo más numeroso en la franja inicial de propagación del lenguaje (nota: entendemos comunicación como un campo más amplio que el del lenguaje), entre los cero y los dos metros por encima de la superficie terrestre, nuestra altura. Por otro lado, veremos como la naturaleza de los virus se aplica excepcionalmente bien a estas dos ciencias. Hagamos demagogia y utilicemos la retórica: Si el lenguaje es un ser vivo sin duda debe ser un virus. Toda teoría vitalista sobre el lenguaje, toda teoría que dote cierta autonomía debería tener esto en cuenta, ¡sobre todo aquellas que empiezan a “confundir” medio y mensaje! ¡el problema no es ese, podríamos responderle! (Marshall McLuhan). Pero frente a esta teoría materialista del “lenguaje como virus” –común en cierta genealogía de la filosofía- existe la teoría clásica de la comunicación, cuyo origen se puede rastrear en la metafísica monoteísta e imperial de la comunicación (Sloterdijk, 2004) y las evoluciones idealistas, en donde se suele mapear el acto del habla en una teoría que incluye tres personajes: a un emisor, un receptor y un mensaje. La palabra y su contenido sería el mensaje que el emisor manda a un oyente a través de un medio concreto. Boca y oreja se ven conectados por un tubo que traslada el mensaje con más o menos problemas, más o menos cambios, al receptor. Un modelo hiper-esterilizado del acto del habla que además presupone la existencia de un sujeto enunciator ajeno absolutamente al resto del mundo –de inevitable origen teológico. Con esto quiero decir, nadie habla sin haber hablado antes con alguien (aunque sea sus padres). Nadie habla sin hablar por otros. En cambio, será problema fundamentalmente del medio en el que se desplaza el mensaje y también del oyente el que el mensaje llene con su pleno contenido. Cada una de las enunciaciones, aquella de la metafísica monoteísta de la telecomunicación y aquella de la ingeniería de plaga lleva parejas unas políticas propias y bien diferentes. Fijémonos hasta que punto llega el asunto, mientras que para la teoría imperial el lenguaje es una tecnología inventada y utilizada por los humanos; para la ingeniería de plaga, nosotros, los humanos, somos tecnologías utilizados por el lenguaje, poseídos por él, en sus políticas de la infección. El lenguaje como virus no hace más que corromper nuestra lengua (física o nacional), hacerla balbucear, decir cosas que no decimos, al igual que lo hacía con el cuerpo y su conversión en carne. El lenguaje es un ente

extraterrestre, un alien (Zizek). Yo no te estoy intentando transmitir ningún mensaje, un virus ancestral –el del concepto de ingeniería de plaga- está parasitándome (¿quizá en forma de pensamiento?) y ahora te parasitará a ti de una u otra manera mientras que sigue sometido a los flujos de la virosfera como *mundo de vida* (Von Uexkull) de las palabras, de los mensajes, de los contenidos, de los signos, de los virus que nos atraviesan.

Junto a estas políticas de la comunicación de lo virus, existe, igualmente, una historia de las teorías militares y la ingeniería de plaga. El conjunto conocido como teorías de la guerra nómada guardan una fuerte relación con la dinámica de los virus y la teoría eólica. Muchos grandes generales y teóricos han observado esta peculiaridad (Gilles Deleuze, Napoleón Bonaparte, Guderian). Por ejemplo, Fernand Braudel cuando decía “La fortaleza de las barreas en la Europa oriental y sur-occidental varían de siglo en siglo. El mundo de los nómadas rotaba entre estas dos áreas de defensa, negligentes, débiles y en ocasiones inefectivas. Una ley física los dirigía de un lado al otro. [...] El trabajo clásico de Eduard Fueter enfocó una zona ciclónica en 1494 sobre la Italia fragmentada de príncipes y repúblicas urbanas. Toda Europa era atraída hacia esta tormenta creando zonas de baja presión. De la misma manera los huracanes empujaban a la gente de las estepas a un lado u otro dependiendo de las líneas que eran menos resistentes”. Al igual que los virus atacan a las células más débiles, los nómadas atacaban las fronteras más débiles de Occidente. Durante mucho tiempo las teorías nómadas de la guerra han tenido amplia superioridad sobre aquellas imperiales o estatales. Solo hasta la llegada de las armas del fuego, y la maquinaria económica del capitalismo temprano, el estado no consiguió empezar a dominar el campo de batalla. Y aún a partir de entonces han seguido calcando las tácticas nómadas. Por ejemplo, Heinz Guderian, general del ejército nazi, aprendió de la guerra nómada la importancia de la movilidad y la velocidad en *Achtung Panzer*, teoría militar que le dio las victorias al ejército alemán y supuso toda una revolución pocas veces igualada. En nuestro tiempo, la globalización y el fin de la URSS ha supuesto un nuevo giro en las teorías acerca de la guerra. Antonio Negri y Michael Hardt defienden que los estados-nación han perdido su papel como formación política primaria para dejar lugar a un mecanismo global de poder difuso y descentralizado compuesto por diferentes actores constituidos en red, a ello es a lo que llaman, precisamente, Imperio. Estos actores incluyen a los propios estados-nación, a organismos como las, los medios de comunicación de masas y a las mencionadas empresas transnacionales. Este imperio se define precisamente por no poseer un afuera (globalización) y volcar sus mecanismo inmunitarios y securitarios hacia dentro, hacia el conjunto de los cuerpos de sus ciudadanos entendido como un continuo biológico susceptible a padecer de enfermedades (Biopolítica, Michel Foucault). Frente a este cuerpo unificado de los ciudadanos imperiales se erige la amenaza de los terroristas –principal enemigo del Imperio desde hace unas décadas- que haciéndose pasar ellos mismos por células imperiales (infectadas) lo

amenazan desde dentro y propagan la enfermedad anti-imperial. Estas tácticas de la jihad contemporánea han sido descritas por parte de los analistas militares bajo lo que se conoce como guerra asimétrica –o *taqyya* en el lenguaje de la jihad, una forma de disimular las propias creencias en un entorno hostil como el caso de los moriscos en España (Negarestani, 2008). Por guerra asimétrica entendemos cuando los protagonistas de un conflicto disponen de medios y fines muy diferentes, ya sean estos tecnológicos, numéricos, políticos, etc. En la guerra asimétrica no existe un frente determinado, ni acciones militares convencionales. Por el contrario, se basa en golpes de mano, combinación de acciones políticas y militares, implicación de la población civil y otras operaciones similares. En el comportamiento de los virus podemos identificar perfectamente este componente de guerra asimétrica. Los virus son, posiblemente, los “seres vivos” que más han perfeccionado esta estrategia. Su principal característica es la de ser los “seres vivos” mas sencillos tecnológicamente, hasta el punto de que se hayan en el mismo límite de la definición de seres vivos. Incapaces de moverse por sí mismos, incapaces de multiplicarse sin infectar células ajenas son los seres vivos con “más éxito evolutivo”. En *Unrestricted Warfare*, los generales chinos Qiao Liang y Wang Xiangsui (1997) argumentaban que la principal deficiencia de estados como los EEUU era precisamente centrarse en los componentes tecnológicos de la guerra. Para estos generales ese enfoque era totalmente equivocado. Las tecnologías siempre pueden ser parasitadas y usadas en contra de sus propios creadores. Al igual que las propias células de nuestro cuerpo son utilizadas en nuestra contra por parte de los virus. Más ejemplos: los aviones del 11S o el uso de *Facebook* que la primavera árabe o el 15M ha hecho. Una lección tremendamente importante para la ingeniería de plaga. Los virus no solo utilizan tácticas de dispersión por todo el espacio y contaminación, no solo aprovechan las debilidades y periferias del enemigo sino que además parasitan sus tecnologías de las más diversas maneras. La *taqyya*, táctica y política generada en los mismos territorios donde Pazuzu ejerció su influjo se demuestra como una de las teorías sobre la guerra definitivas. Una teoría que hunde sus raíces en el propio origen de la civilización y los primeros Imperios y toma a los virus como modelo.

Y la epidemia apenas ha comenzado...

Bibliografía

Bachelard, Gaston. *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI, Mexico, 1976.

Baudrillard, Jean. *La transparencia del mal*. Anagrama, Barcelona, 1991.

Delanda, Manuel. *War in the age of intelligent machines*. Swerve editions, New York, 1991

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil Mesetas*. Pre-Textos, Valencia, 1996.

- Haraway, Donna. *When Species Met*. University of Minnesota press, Minnesota, 2008.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio. *Imperio*. Paidos, Barcelona, 2002.
- Liang, Qiao y Xiangsui, Wang. *Unrestricted warfare*. Foreign Broadcast Information Service, New York, 1997.
- Negarestani, reza. *Cyclonopedia, complicity with anonymous materials*. Re.press, Melbourne, 2008.
- Prigogine, Ilya e Stengers, Isabelle. *Order out of chaos*. Bantam, Londres, 1984.
- Serres, Michel. *The Parasite*. University of Minnesota press, Minnesota, 1992.
- Sloterdijk, Peter. *Esferas II*. Siruela, Barcelona, 2004.
- .